

Ashura

Kevin M. Weller

Índice

Prólogo

I. Reclutando aliados

II. Un viaje hacia el Oeste

III. Nait conoce a Jenric

IV. Una mala noticia

V. Sublevación

VI. Territorios desconocidos

VII. El último suspiro

VIII. Batallas sin fin

IX. Premoniciones

X. Ausencia

XI. El rey se va

XII. Bajo el mando de Ukertarus

XIII. Palpitando la derrota

XIV. Misión Rescate

Epílogo

Prólogo

El rey Bork había decidido establecer su reino en la zona Sudeste, sobre un área más húmeda y amplia. Tras haber llevado a cabo una importante exterminación de criaturas impuras en las aldeas que iban desde Bumma a PISOCHI, el Ejército Blanco dio un paso adelante y sintió el orgullo más grande de todos. Una nueva era había dado inicio.

Cuando la noticia llegó a oídos de los vecinos del Oeste, los que vivían a miles de kilómetros del centro, quisieron demostrar su postura antagónica de forma pacífica. Comandados por un conocido oráculo de la Orden Real, un importante número de opositores marcharon rumbo a Árshia, donde hallaron al rey y a sus legiones. Bork se autodeclaró la autoridad máxima de Ashura, tal y como sus hermanos mayores habían hecho en sus respectivos continentes, y resumió su discurso en pocas palabras: “Alaben al rey o sean anatema”. Ante la notable postura monárquica y la absurda amenaza de anatemizar a los herejes, el oráculo se opuso diciendo que todo ser viviente era igual de sagrado y que no debía haber divergencias entre especies, pese a las diferencias.

La postura de Bork permaneció intocable y no se dejó vencer por nadie. Debido a eso, las criaturas originarias del continente se dividieron en dos grupos: los marginados y los cobardes. Los primeros eran rebeldes que preferían quedarse en Ashura aun

sabiendo que podían ser aniquilados en cualquier momento, mientras que los cobardes preferían irse a otra parte.

Algunos grifos de clase superior, bajo el mando de Sishurus y Camus, se reunieron con el oráculo Gailessen, quien anteriormente se había presentado ante Bork, y prometieron defender a los hipogrifos si los dragones cruzaban la línea limítrofe de su territorio, es decir, Hipondria.

Al cabo de varios años, los dragones cruzaron Hipondria y llegaron hasta el Sur. Antes de ingresar a Bormepch, las legiones de Camus y Sishurus entraron en acción y se enfrentaron a ellos, exterminándolos a todos.

El comandante Exégenus y el comandante Fujiroh se presentaron ante Bork y ofrecieron su servicio. A cambio de una buena suma de dinero, los comandantes de Xeón accedieron a la petición del rey de Ashura y dirigieron sus tropas al Suroeste. Se enfrentaron con los hipogrifos y acabaron tomando Higáragah y Pricha. No obstante, la derrota no fue bien recibida y los rebeldes volvieron a atacar. Sishurus y Camus lucharon cuerpo a cuerpo contra los dragones y terminaron muriendo en la batalla. A Ulisurus lo salvó Deimakuse tras recibir un flechazo en el pecho. Su sacrificio quedó grabado en la historia.

Como los hipogrifos no hallaban la forma de hacerles frente a los dragones, no tuvieron más opción que rendirse. Ulisurus firmó un pergamino admitiendo su derrota, cosa que impactó negativamente en su imagen, empero lo hizo por el bien de sus congéneres. Fue decapitado en una plaza del Oeste, frente a una gran multitud.

Al ver que ni siquiera los de clase superior podían doblegarlo, Bork sintió que podía adueñarse de Ashura con facilidad. Les pidió a sus sirvientes que comenzaran a trabajar en las zonas limítrofes para tomar la mayor cantidad de metales preciosos que había. Tuvo la suerte de tomar un continente muy rico en minerales. En poco tiempo, se llenó de riquezas y alardeó por ello durante muchos años.

La felicidad del rey no duró mucho. Más grifos aparecieron en Ashura y comenzaron a hacer un gran alboroto. Muchos de ellos eran reconocidos militares experimentados. Con la ayuda de otras especies, las cosas empezaron a ponerse tensas. Los dragones de Kélesh se encargaron de hacer lo suyo y exterminaron a los rebeldes. Aun así, las cosas seguían en un estado de incertidumbre dado que, por más que se tomaran aldeas y las legiones protectoras fracasaran, la mentalidad de las criaturas no cambiaba. Bork jamás fue respetado por ningún nativo de Ashura.

Las conflagraciones continuaron por varios siglos. La necesidad de ser libres impulsaba a las criaturas a su propia perdición. Los dragones no aceptaban su herejía; en consecuencia, eliminaban a todos.

La fama del rey Bork disminuyó luego de sus deshonorosos actos. Aprovechaba la ausencia de sus generales para acostarse con sus esposas, explotaba a sus sirvientes y los condenaba por cualquier tontería, a veces sin motivo alguno, mandaba robar las riquezas de sus propios congéneres, ponía impuestos altísimos con frecuencia y prohibía que sus seguidores abandonaran Ashura sin permiso. Su reputación comenzó a decaer a paso agigantado y pasó a ser un ser ruin.

Muchos miembros del Ejército Blanco perdieron su fe en el rey y decidieron dejar de acatar sus órdenes. Permitieron que las demás criaturas regresaran a sus aldeas y las dejaron en paz. Otros, como el caudillo Talhos y el general Benshir, se independizaron y crearon sus propios reinos, sin seguir los mandatos del rey. Ellos mismos se creían superiores al rey Bork, y hasta cierto punto lo eran.

Como las cosas se complicaron, Bork tuvo que ir a buscar ayuda en otras dimensiones. Al no encontrarla, se sintió muy decepcionado consigo mismo. Tenía un título honorable, pero pocos lo reconocían como autoridad suprema. Sus hermanos mayores lo veían como un ser incompetente y se burlaban de él. La relación entre los hermanos se fue al abismo, desencadenando una confrontación territorial. Bork prohibió la entrada de foráneos a su continente, la única forma de ingresar a Ashura era pagando una buena suma de dinero. Cen-Dam pensaba que sólo quería intimidarlo hasta que se enteró de que varios de sus sirvientes fueron ejecutados por traspasar el límite.

Nunca se oficializó una guerra entre los diferentes Ejércitos porque Dégmon y Vishne lo habían prohibido luego de haber firmado el Tratado de Paz Fraternal en una de las asambleas que se llevaban a cabo en Frissonk. No obstante, el odio que había entre los tres hermanos era visible y no había forma de llegar a un acuerdo.

La desarmonía existente entre los dragones generó una oportunidad para que los rebeldes planearan sus ataques y los echaran de sus tierras. Los primeros en ponerse firmes fueron los grifos y luego los hipogrifos. Las demás especies comenzaron a apoyarlos

hasta tal punto que se ganaron su respeto. Ellos no buscaban la fama imponiendo ideologías extremistas a la fuerza sino luchando por la igualdad y la libertad.

Como las cosas comenzaban a complicarse, el rey Bork se reunió nuevamente con varios oráculos y prometió, tanto por escrito como en forma oral, no seguir atacando las aldeas. Los que se oponían al rey, varias autoridades militares, atacaron las supuestas aldeas que Bork había prometido no tomar, ensuciando su imagen. La reacción de los demás, ante la repudiable actitud del rey, fue negativa. Lo peor de todo era que nadie escuchaba las palabras de Bork, aun siendo que él estaba diciendo la verdad respecto a su promesa.

La trampa había tenido éxito y el rey se volvió paranoico al creer que sus propios sirvientes estaban conspirando en su contra para destronarlo. Mandó investigar a todos los líderes militares y ni así pudo descubrir la verdad. Les enviaba cartas a sus hermanos advirtiéndoles de que se cuidaran porque sus propios seguidores podían traicionarlos en algún momento. Dáikron y Cen-Dam estaban en lo suyo y poca importancia les daban a las advertencias de Bork. En realidad, sus sinceras palabras no estaban tan erradas, hubo dragones que se opusieron a sus reyes, entre ellos los de escamas púrpuras y los de hielo.

El reinado de los hijos de Draco lejos estaba de ser eterno. Las cosas habían cambiado mucho y sólo era cuestión de tiempo para que los tiranos se dieran cuenta de que su poderío no era tan maravilloso como parecía.

I. Reclutando aliados

Era muy temprano, el cielo aún se mantenía oscuro y se podían ver algunas estrellas a lo lejos, la temperatura se mantenía por debajo de los quince grados centígrados y el silencio era absoluto. Ni siquiera había pájaros para anunciar el inminente albor. La fresca brisa era suave y movía las copas de los árboles. La tierra estaba algo húmeda porque había llovido mucho los últimos días. Algunos grillos andaban por ahí, dando saltos de un lugar a otro.

Una pareja de hipogrifos apareció, venían caminando por un sendero oscuro, se detuvo al llegar a una zona más amplia. Acomodaron sus bolsos, sacaron algunos frutos para comérselos, estaban muy cansados y no tenían ganas de seguir viajando. Ambos eran de plumaje ceniciento, ojos marrones, piernas pardas y colas prominentes. Tenían cuatro metros y medio de altura y sus orejas eran de burro. Llevaban túnicas sucias y un collar con una etiqueta que los identificaba, con un símbolo grabado en la parte de enfrente.

El hipogrifo que se encontraba a la derecha era Fausirus, su pareja, que se encontraba a la izquierda, era Anyiriah. El objetivo que compartían era informar a sus vecinos de una nueva estrategia que se había implementado en Hipondria, además de tomar la mayor cantidad de reclutas que se pudiese. Estaban muy lejos de sus tierras. Habían llegado a Puzenni hacía muy pocos días. El

largo viaje parecía no tener fin ya que les había tocado cubrir varias regiones, partiendo desde Kuranomosintplet.

Fausirus cavó un hoyo con sus manos, metió ramas sobre el mismo, a continuación, le pidió a su compañera que se acostara al lado de él. Sin siquiera tener que pensar, Anyiriah se acurrucó a su lado. Se cubrieron con una manta vieja y esperaron a ver qué pasaba. Al cabo de unos minutos, un grupo de dragones de escamas verdes, anillos rosados, ojos amarillos y crestas marrones, pasaron por ahí. Eran carroñeros y tenían muy mal carácter. Poseían un olfato muy agudo y detectaban comida desde lejos. Como sólo cazaban de día, no era buena idea andar viajando en ese momento.

Fausirus y Anyiriah durmieron hasta el atardecer, sin darse cuenta de lo que sucedía en los alrededores. Cuando la noche se acercaba, los territorios se volvían más seguros, los dragones no solían andar en la oscuridad, salvo raras excepciones. Ambos salieron del improvisado escondite y retomaron el viaje. Tras haber dormido durante tantas horas, se sentían enérgicos, podían seguir adelante sin problema.

Antes de medianoche, se toparon con un grupo de ocho jirafas que se habían alejado de sus tierras debido a la molesta presencia de los miembros del Ejército Blanco. Sanamatelche había sido tomada por los dragones hacía más de cuatro años. Una de las jirafas que dirigía el grupo, la que portaba una túnica blanca muy larga, se aproximó a ellos y les contó lo que había acaecido. Estaban desesperadas y no sabían adónde ir.

—Buscamos aliados —dijo Anyiriah—. Uno de los caudillos planeó una táctica defensiva para deshacernos de esos molestos

dragones. Necesitamos ayudantes para llevar a cabo el plan. Las saraika ya se unieron a nosotros y están dispuestas a ayudarnos.

—Una vez que consigamos despejar un poco los alrededores, seremos una barrera difícil de tumbar —dijo Fausirus, ansioso por ver qué sucedería en el próximo encuentro con los dragones.

—¿Cómo piensan deshacerse de ellos? Por lo que sé son muchísimos. Enfrentarlos no es la mejor opción —dijo la jirafa y se cruzó de brazos.

—Nuestros guerrilleros son excelentes combatientes y pueden enfrentarse a lo que sea —respondió Anyiriah—. Han estado recorriendo muchas aldeas en busca de información. Algunos oráculos nos ayudan, todo a escondidas, por supuesto. No podemos dejar que Bork se entere de lo que hacemos.

—Nosotros, y otros grupos más, les ayudamos para acelerar la cuestión. Nos dirigimos a Guishelipó. De ahí sólo nos queda Brindürg y listo. Les prometimos a nuestros hijos que volveríamos a casa pronto —añadió Fausirus. Se negaba a incumplir dicha promesa. Sus dos hijos eran lo más valioso que tenía en su vida.

Soirus y Quirius eran muy pequeños para acompañar a sus padres; por tanto, sus abuelos eran los encargados de cuidarlos. Soirus era gárrulo e inquieto, su hermano era retraído y sólo balbuceaba.

—Comprendo. Mi hija y yo nos separamos hace mucho tiempo por una cuestión de seguridad. Ella se fue a Vivisire con su

